

MERCHE DIOLCH

DESEO  
QUE ME  
RECUERDES





MERCHE DIOLCH

DESEO  
QUE ME  
RECUERDES

EDICIONES KIWI, 2022  
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES**KIWI**

Primera edición, octubre 2022  
IMPRESO EN LA UE

ISBN: 978-84-19147-21-9  
Depósito Legal: CS 676-2022  
Copyright © 2022 Merche Diolch  
Copyright © de la cubierta: Borja Puig  
Copyright © de la foto de cubierta: shutterstock  
Corrección: Paola C. Álvarez

**Código THEMA: FR**

Copyright © 2022 Ediciones Kiwi S.L.  
[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

A Juan y Gaby.  
Siempre en mis recuerdos.



«...Seguimos con la vida que a los dos nos recetaron...».

*Durante una mirada*

La Oreja de Van Gogh







# Prólogo

El timbre del teléfono se repetía en el silencio del pasillo de la enorme casa mientras reclamaba atención. Un sonido incesante que se reiniciaba una y otra vez cuando la compañía telefónica cortaba la llamada al haber excedido el tiempo sin que se descolgara.

La paciencia o la urgencia de la persona que estaba al otro lado de la línea hacía que volviera a dar a la tecla de rellamada mientras ponía los ojos en blanco y murmuraba un sinfín de improperios a la espera de que alguien la atendiera. Sin pensar, golpeó la blanca y algo desgastada pared del establecimiento al mismo tiempo que un relámpago de dolor le atravesaba el brazo.

—Francesca...

—Estoy bien —indicó, aunque su tono de voz contradecía sus palabras. Su autolesión y el sonido sin respuesta del teléfono más que preocuparla, la enfadaban.

Por no añadir que el ver cómo los clientes del autobús, que acababa de detenerse delante de la puerta de la heladería, se amontonaban en el mostrador para pedir algo refrescante, no la ayudaba para mantener su paz interior. Ese estado que había escuchado en multitud de programas de autoayuda o pódcast de la misma temática y que a ella no le servían de nada.

«Esta llamada es muy importante», se repitió mentalmente, e hizo un movimiento con la mano para que esperaran.

Todos los que allí se encontraban la ignoraron. Incluso Giovanni, su marido, que tenía la cabeza agachada tratando de averiguar qué sabor quería uno de esos turistas que no debía ser italiano por la de gestos que realizaban ambos hombres para comunicarse.

—Un segundo... —indicó, y esta vez marcó completo el número de teléfono, por si la tecla de rellamada no funcionaba. Buscó

algo con lo que abanicarse y tomó una vieja revista de corazón que comenzó a mover de lado a lado en un vano intento de alejar el calor que hacía ese día.

—Francesca, deja el teléfono ya y ayúdame —le pidió su marido, emitiendo un fuerte bufido de cansancio al mismo tiempo.

—Ahora voy, Giovanni —le dijo, y escuchó un nuevo gruñido por su parte, pero no cedió. Le dio la espalda y fijó los negros ojos en el teléfono que tenían en el local.

Colgó..., una vez más, y despacio, muy despacio, pulsó las teclas.

—Venga, Anna. Descuelga... —rezó en voz alta, sabiendo que era imposible que su amiga la escuchara.

—Llámalas al móvil —Giovanni le sugirió.

Ella lo miró por encima del hombro y le soltó alzando la voz:

—¿Qué te crees, que no lo he hecho ya? Sabes que la cobertura va y viene por esa zona. —Colgó el auricular con fuerza y se pasó la mano por el cabello rizado—. Estoy llamando a la casa grande...

El hombre arrugó el ceño mientras le daba un cucurucho con dos bolas de helado a otro turista que charlaba con una chica joven, y comentó sin mirarla:

—Es imposible que te atiendan. Han comenzado con la recolección. —Tomó las monedas que le daba el extranjero y abrió la caja registradora, que no estaba lejos de donde se encontraba su esposa—. Déjalo y ya avisarás luego a Anna —le indicó.

—Lo intento una vez más —señaló, y se volvió otra vez hacia el teléfono—. Rosa tiene que estar.

—En la cocina. En el otro lado de la casa —comentó Giovanni, y tomó la cuchara con la que servía los helados.

—Una vez más —repitió Francesca, y marcó.

Golpeó con la uña la pintura blanca de la pared y contó cada tono de la llamada, hasta que se hizo el silencio. Creyó que se había cortado de nuevo, cuando escuchó la voz áspera de una mujer:

—¡Pronto...!

—Ahh..., Rosa...

—Francesca, ¿eres tú, mi niña? —preguntó la mujer mayor, algo angustiada ante el apremio de la amiga de su nieta.

—Sí, Rosa. Soy Francesca.

—¿Ocurre algo? —insistió preocupada.

—Nada, nada... —le dijo, aunque eso no era del todo cierto—. Anna... Tengo que hablar con Anna. ¿Está?

La mujer mayor negó con la cabeza, pero, al darse cuenta de que la otra no podía verla, contestó:

—No, está en el campo.

—*Nonna*<sup>1</sup>..., ¿qué ocurre? —preguntó una mujer joven que acababa de aparecer por la puerta del gran caserío. Se acercó a ella, con mirada curiosa, mientras trataba de limpiarse el sudor del cuello con un viejo pañuelo.

La anciana se volvió hacia su nieta y le ofreció una sonrisa de bienvenida.

—Acaba de llegar —informó a su interlocutora, y se apartó el auricular de la oreja, que ofreció a su nieta—. Es Francesca. Está muy alterada.

La recién llegada frunció el ceño y tomó el teléfono.

—Franny, ¿estás bien? ¿Ha sucedido algo?

La heladera soltó el aire que retenía su enorme cuerpo al escuchar la voz de su amiga.

—Sí, sí... Tranquila.

—Francesca...

—¡Espera, Giovanni! —gritó, dejando sorda a su amiga, que se apartó automáticamente el auricular de la oreja—. Es Anna. Ya está al teléfono.

Su esposo gruñó y prosiguió atendiendo a los clientes.

—¿Franny? ¿Qué pasa? ¿Estáis bien? ¿Nico está bien?

—Sí, sí... El niño está en la escuela —respondió con rapidez a su amiga cuando notó su preocupación.

—¿Entonces? —Anna miró a Rosa, que la observaba con el ceño fruncido, intranquila—. *Nonna* ha dicho que era urgente y que...

1 Abuela.

—Y es urgente —la cortó—. No sabes lo que ha sucedido hoy. —Puso los ojos en blanco y suspiró—. Nadie esperaría lo que ha sucedido hoy —repitió.

—Franny, tengo mucho trabajo. Si eso, ya me lo cuentas cuando nos veamos —le indicó, alzando las cejas hacia la mujer mayor, que comenzó a relajarse al ver la actitud de su nieta.

—¿Uno de sus cotilleos? —susurró buscando confirmación.

Anna tapó la zona del auricular, por donde podía escucharla su amiga, y le aclaró a su *nonna*:

—Eso parece. Giovanni debe estar a punto de quitarle el teléfono...

—Anna, ¿me estás escuchando? —le preguntó Francesca, casi recriminándola, porque sabía que no le estaba haciendo caso.

—Sí, sí..., pero, Franny, ya te he dicho que tengo mucho trabajo todavía y...

—Carlo ha vuelto —la cortó de golpe, dejándola callada.

Un silencio sepulcral atravesó la línea telefónica mientras la mano de Anna, que sostenía el teléfono, agarraba el aparato con fuerza y buscaba instintivamente apoyarse en la pared de esa vieja casa.

—Anna... —la llamó Rosa al ver su cara—. ¿Estás bien? —La joven no respondió a la pregunta, por lo que la mujer decidió quitarle el teléfono que, por el color blanco de sus nudillos, podía suponer que le iba a costar. No fue así—. Francesca... —llamó a la amiga de su nieta.

—¿Rosa? ¿Y Anna? ¿Está bien? —soltó la joven un batallón de preguntas alarmada, cuando escuchó la voz de esta.

—No. —No pudo mentirle. El rostro de su nieta había cambiado y no reaccionaba—. ¿Qué le has dicho?

Francesca se mordió el labio y miró a su marido, que seguía preparando helados.

—Rosa, no sé si debería...

—Francesca, dime qué le has dicho a Ana —le exigió saber.

La mujer escuchó un suspiro profundo y temió lo peor. Sus huesos se lo decían. Su corazón lo sabía. Todo esto no presagiaba nada bueno.

—Carlo...



# Capítulo 1

Hay recuerdos muy presentes...

Hace unos años.

—Anna, cariño, ¿me estás escuchando?

La joven, que estaba sentada a la mesa de la cocina con un colacao entre las manos, donde el mantel de cuadros rojos y blancos destacaba sobre el resto de los muebles de madera envejecida, pestañeó varias veces seguidas al escuchar la voz de su *nonna*.

—Sí, claro —dijo, aunque las dos sabían que eso no era cierto.

La mujer puso los ojos en blanco y negó con la cabeza. Recogió el plato que había puesto con magdalenas caseras para que su nieta desayunara, pero que esta no había tocado, y comentó:

—Estás más tiempo soñando que con los pies en la tierra.

—Pero son sueños terrenales, *nonna* —indicó Anna con una gran sonrisa que le arrancó una carcajada.

—¿No estarás pensando en la sorpresa de Carlo?

Anna levantó la cabeza de golpe y miró a su abuela, que le daba la espalda en ese instante, al mismo tiempo que su cara enrojecía sin poder evitarlo.

—¿Sorpresa? ¿Qué sorpresa?

La risa cascada de Rosa resonó por la vieja casa. Una vivienda que habían construido sus antepasados con gran esfuerzo y cuyos muros de piedra los resguardaba, mientras observaba el devenir de sus habitantes. Una familia modesta que se dedicaba al cultivo de lavanda, sujetos a los caprichos de la naturaleza, al tiempo y a las malas artes de algunos humanos.

—¿Me vas a decir que el hijo mayor de los Rossi no tiene nada preparado este año por tu cumpleaños?

La cara de Anna se encendió todavía más y sintió que el calor la invadía. De pronto, notó la garganta seca y supo que, aunque bebiera de la leche de la taza, no saciaría la sed que había irrumpido con fuerza. Era nombrar a Carlo y sentir un desasosiego que provocaba que su corazón latiera a mil por hora.

—No sé si habrá preparado algo... —comentó mordiéndose el labio inferior, mientras removía el colacao, que ya comenzaba a ser una pasta oscura nada apetecible.

Rosa observó a su nieta, la misma que había visto nacer hacía ya dieciocho años y que se había quedado huérfana de madre muy pronto. Sonrió con cariño y dio gracias a Dios por permitirle verla crecer sana y fuerte —tan diferente a su delicada madre—, y agradeció que la vida le hubiera dejado estar a su lado, sin perderse ninguna de sus experiencias y descubrimientos. Su primer día en la escuela, su primera caída, su primer amor... y el último, porque Carlo siempre había estado presente. Desde que sus miradas se encontraron a la entrada del colegio y sus manos se unieron para caminar hacia ese destino que desconocían.

Juntos.

Siempre habían estado juntos.

Se limpió las manos arrugadas con un trapo, en las que se reflejaba el duro trabajo que llevaba haciendo desde niña, y se acercó a Anna mientras comprobaba que su delantal estaba bien anudado. Le revolvió el cabello, que llevaba suelto y que sabía que según saliera de la casa acabaría atrapado en su sempiterna trenza, y le dio un beso en la coronilla antes de acomodarse en la silla que había más próxima a ella.

—No todos los días se cumplen dieciocho años, *farfalla*<sup>2</sup>... y Carlo sabe que hoy es especial.

Anna se encogió de hombros con la vista fija en su ahora nada atractiva bebida.

2 Mariposa.

—Ni siquiera me ha felicitado.

Rosa arrugó, confusa, las cejas.

—¿No te ha llamado? —Negó con la cabeza—. Qué raro... Aunque es verdad que no he escuchado el teléfono a primera hora, pero pensé que había sido porque justo habías hablado con él cuando he ido a por los huevos al gallinero. —Le acarició el cabello—. Ya me he acostumbrado a oír ese estridente sonido al alba.

La joven, aunque sonrió al recordar el grito de su *nonna* el primer día que Carlo decidió despertarla llamando al teléfono de la casa casi al amanecer, negó con la cabeza y se encogió un poco más sobre sí misma, si eso era posible.

—Sí, es raro... —indicó sin apenas voz, lo que hizo que la abuela atrapara su barbilla y la obligara a mirarla.

Fijó sus envejecidos ojos en los azules de su nieta, los mismos que había heredado de su madre, y le preguntó:

—¿Qué está pensando esta cabecita tuya? —Le golpeó la sien y le regaló una dulce sonrisa—. ¿No creerás que se le ha olvidado?

Anna hizo un puchero con la boca y encogió uno de sus hombros.

La sonrisa de Rosa se amplió.

—Eso es imposible, *farfalla*. Ese chico te adora. Besa cada paso que das. —Le acarició la mejilla, para acabar pellizcándole la punta de la nariz, donde destacaban algunas pecas. El sol empezaba a hacer de las suyas y la piel de su nieta, tan blanca como la nieve que siempre había en el pico más alto de los montes Apeninos, a pesar de estar en pleno verano, comenzaba a cobijar esas pequeñas motas que destacarían hasta que adquiriera una tonalidad más oscura. No llegaría a estar morena, como su padre o ella, por culpa del duro trabajo en el campo, pero sí adquiriría un color lo suficientemente oscuro para que esas pequeñas marcas no destacaran tanto y adornaran su piel como si miles de mariposas hubieran caminado por su cuerpo.

Era su pequeña mariposa... a la que adoraba y quería como si fuera su propia hija. La había visto crecer. Había compartido sus

risas y sus llantos. La cuidó y ayudó mientras su padre, su hijo, sorteaba sus propios demonios. Esos que lo habían asaltado cuando su esposa, su amada, la mujer de su vida, lo abandonó de la noche a la mañana.

Fue un momento difícil para la familia Santoro.

La tristeza inundó la casa familiar y la sonrisa de Lorenzo se esfumó. Sus ganas de vivir se fueron con la madre de Anna y sus penas acabaron sumergiéndolo en el alcohol.

Si no hubiera sido por su pequeña *farfalla*, Rosa no sabría lo que habría sido de ella misma. La casa, la empresa y la familia... Había que seguir hacia delante y, hasta que Lorenzo no encontró las fuerzas que necesitaba para tomar las riendas de su vida —tardaron algunos años, pero regresó; distinto, pero regresó—, ella fue la que decidió por todos.

La que se encargó de todo.

Y en la vida de Anna, su *nonna* fue mucho más que su abuela.

—Pero no me ha llamado, *nonna*. Quizás... quizás... —comentó sin terminar lo que pensaba.

Rosa apretó la barbilla de su nieta con más fuerza.

—¿No te quiera? —adivinó lo que cruzaba por su joven mente.

Anna asintió con timidez.

La mujer chascó la lengua contra el paladar y negó con la cabeza. Le dio un beso en la mejilla y se levantó de la silla, comprobando de nuevo que su viejo delantal estuviera bien anudado.

—Eso es imposible.

La miró extrañada al escuchar tanta seguridad en sus palabras.

—¿Imposible?

Rosa abrió el grifo del fregadero y, tras meter la verdura que iba a utilizar para hacer la comida, comenzó a limpiarla sin aclarar a su nieta lo que quería decir.

Anna observaba la espalda de su abuela, deseosa de que se explicara, pero, al verse ignorada, se levantó y tomó la taza en la que el colacao ya había espesado el líquido, y se acercó a ella.



Posó la taza en la encimera de madera, donde el paso del tiempo había cambiado el tono claro de su origen a uno más oscuro, y recibió una mirada de reprimenda.

—¿No querrás que la deje ahí? —Señaló el interior de la pila, donde estaban las verduras.

Rosa bufó y retomó su trabajo, no sin antes comentar:

—Pero no te vayas muy lejos, porque en cuanto termine, la friegas.

Anna asintió y observó cómo trabajaba; cómo limpiaba una a una las hojas de las acelgas y de los tomates. Su dedicación sin premura. Sin prisas.

Vio la fuerza de sus oscuras manos, las marcas presentes por el duro trabajo, y comprobó que el paso del tiempo se había asentado en su rostro. Uno más envejecido que no reflejaba la edad que tenía, pero sí la influencia del clima y de sus labores al aire libre.

Su *nonna* no se quejaba... Nunca se quejaba.

Olió su perfume a lavanda, el mismo que inundaba los campos que rodeaban la casa, y se sintió querida, protegida...

Rosa la miró de lado, mientras dejaba la comida sobre un plato, extrañada de encontrarla todavía allí. A su lado.

Lo primero que hacía Anna, nada más terminar de desayunar, era huir a su dormitorio. Se preparaba para la visita de Carlo y luego esperaba nerviosa su llegada.

Pero hoy todavía seguía en la cocina, con su viejo pijama y el cabello revuelto, aunque estaba preciosa. Su niña se había hecho mayor y, aunque los meses de invierno la echaba en falta, sabía que siempre quedaban las vacaciones y algún que otro fin de semana para pasar tiempo con ella. Durante su ausencia, estaba orgullosa porque sus estudios universitarios avanzaban y la veía feliz por estar haciendo lo que le gustaba.

Cerró el grifo, se secó las manos y se giró hacia ella, ofreciéndole una sonrisa.

—¿Qué ocurre?

Anna la abrazó y le dio un beso en la mejilla.

La mujer se extrañó todavía más por su comportamiento impulsivo.

Le apartó los brazos y buscó sus ojos azules, que comenzaban a brillar por las lágrimas que retenían, y siseó tratando de tranquilizarla.

No tardó en ver cómo el agua salada se deslizaba por su rostro y le devolvió el abrazo mientras le acariciaba el cabello.

—Shh..., mi *farfalla*... ¿Qué sucede? ¿No te encuentras bien? — La apartó para mirarla—. ¿Habéis discutido Carlo y tú?

Anna negó con la cabeza, al mismo tiempo que sorbía por la nariz.

—No...

—¿Entonces? —Le apartó el cabello del rostro.

—No es nada... Es solo que... —Encogió de nuevo uno de sus hombros y se calló, sin terminar de aclarar lo que le ocurría.

Rosa sujetó su barbilla y la obligó a mirarla a los ojos. A esos iris grises que habían visto tanto y sabían de todo.

—Anna, me estás preocupando...

La joven la besó de nuevo y se apartó de ella, mientras se limpiaba la cara. Se acercó a la mesa, donde apoyó su trasero, y se cruzó de brazos. Algo rondaba por su mente que la impedía estar alegre por su cumpleaños.

—Anna... —la llamó de nuevo, impregnando a su voz todo el amor que sentía por ella.

La chica suspiró con fuerzas.

—¿Y si ha dejado de quererme? —Rosa no pudo evitar estallar en carcajadas al escuchar la pregunta.

Una risa que cortó de golpe cuando observó su gesto enfurruñado.

—Perdona, perdona... —se disculpó de inmediato, acercándose a ella. Posó las manos en sus brazos y la miró—. Eso es imposible.

—Eso has dicho antes —la cortó, elevando las manos al aire, al mismo tiempo que se alejaba de ella—, pero no entiendo por qué lo dices. Llevamos mucho tiempo separados. Carlo se ha tenido

que quedar ayudando a sus padres; y yo, en la universidad... Llevo varios días aquí —golpeó con el pie desnudo el suelo de piedra— y todavía no lo he visto.

—Pero te ha llamado cada día. Incluso más de una vez —le recordó con mucha paciencia—. Ya te explicó que había tenido que salir del pueblo por temas relacionados con su familia, ¿no?

Anna asintió y se cruzó de brazos, sin evitar hacer pucheros con la boca. Estaba siendo de lo más infantil. Lo sabía. Pero le daba miedo... perderlo.

—No sé, *nonna*... —Se pasó la mano por el cabello y dejó caer el brazo a lo largo de su cuerpo sin fuerzas, a continuación. Fue un gesto de lo más impotente—. No me hagas caso. Será el calor... — Se derrumbó sobre una de las sillas que había apartado de la mesa.

Rosa observó cada uno de sus movimientos y, aunque sabía que no debía reírse de sus preocupaciones, no podía evitar sentir por dentro que su nieta estaba haciendo un mundo de una tontería.

Lo único que necesitaba era ver a Carlo. Observar cómo ese chico la adoraba, la quería, la extrañaba..., y todos sus males se evaporarían por arte de magia.

Pero es cierto que todos —incluida ella— hemos pasado por situaciones similares en alguna etapa de nuestra vida. Momentos en los que el mundo parece derrumbarse a nuestro alrededor porque la ausencia de una mirada, de la persona querida, nos duele. Momentos en los que cada uno, a lo largo de nuestra vida, vamos dando la importancia que necesitan las cosas por la experiencia adquirida, y que, en cada época, vamos respondiendo de una u otra forma diferente.

Es por eso, por lo que Rosa, lejos de recriminarle o de quitarle hierro a sus preocupaciones, quiso recordarle lo que ambos tenían. Lo que Carlo y ella poseían.

Se acomodó en una silla cercana, tomó una de sus manos y, tras dibujar las líneas de la palma con delicadeza, comentó:

—¿Quieres saber por qué pienso que es imposible que Carlo deje de quererte?

Anna la miró con interés y no dudó en mover la cabeza de forma afirmativa con velocidad, recibiendo una dulce sonrisa.

—Cuando te escucho decirlo, quiero creerte, *nonna*. Ansío creerte. —Suspiró y cerró los ojos un segundo—. Pero a veces me resulta tan complicado... —Puso los ojos en blanco y torció el gesto—. Nos conocemos desde hace tanto tiempo...

—Una vida —añadió Rosa, y su nieta asintió de inmediato.

—Y somos tan jóvenes... —comentó pasado un tiempo, perdiendo el brillo que nacía en sus iris celestes cada vez que pensaba o hablaba del joven.

La abuela posó las manos a ambos lados de su cara.

—¿Qué te da miedo, *farfalla*?

Anna observó los ojos grises de su abuela y sintió como los suyos volvían a humedecerse. Parpadeó varias veces con rapidez para evitar que el agua salada se escapara de su cárcel, pero no pudo evitar que una lágrima solitaria se deslizara con lentitud por su mejilla, hasta que los dedos de Rosa la limpiaron.

—En realidad..., no lo sé, *nonna*. —Se encogió de hombros—. ¿Lo puedes entender? Porque yo no. —Se mordió el labio inferior y trató de sonreír, pero fue un gesto que no le llegó a los ojos.

La abuela le golpeó con cariño la zona en la que los dientes arañaban su delicada piel, obligándola a cesar con su martirio.

—Ay, *farfalla*. Si vieras lo que yo veo...

—¿Y qué ves? —preguntó con deseo.

Rosa suspiró y sonrió. Centró su mirada por un segundo en la de su nieta, pero luego desvió la atención a una vieja fotografía que colgaba de la pared, donde se podía ver a una joven pareja de novios.

—El amor —dijo sin más.

Anna torció el morro y se apoyó en el respaldo de la silla. Observó la fotografía en blanco y negro de sus padres en la puerta de una iglesia, para centrarse a continuación en su abuela.

—*Nonna*...

Esta sonrió al percatarse del tono de voz de su nieta. La observó y le agarró una de las manos con cariño.

—Mi pequeña *farfalla*, Carlo y tú habéis nacido para estar juntos. Vuestro mundo gira en torno al otro. No podéis dar un paso sin que uno camine muy cerca...

Anna, aunque sonrió ilusionada al escucharla, un pequeño resquicio de desilusión se asentó en su corazón. No es que no diera importancia a sus palabras. La daba. Pero llevaba mucho tiempo oyendo lo mismo, y creía, esperaba, que el discurso de su *nonna* hubiera cambiado.

A todos nos viene bien que nos regalen los oídos, y más cuando las inseguridades nos acechan, pero lo que Anna necesitaba en ese momento era... era...

Ni siquiera ella sabía lo que necesitaba.

Desde que se había despertado esa mañana, abriendo los ojos mucho antes de la hora a la que Carlo la solía llamar, tenía un mal presentimiento, y le daba miedo que, aunque era su cumpleaños, un día que debía estar lleno de felicidad, sucediera algo malo.

Cuando el teléfono no sonó a la hora de siempre, ya ese presentimiento se acentuó, y comenzó a cargar con una pequeña losa que la ahogaba y le robaba el aire que respiraba.

—*Nonna*, llevo escuchándote decir lo mismo desde hace años, pero... —La mujer arrugó el ceño y apretó con fuerza la mano que sujetaba, lo que provocó que Anna se quejara—. Ay..., me haces daño. —Se deshizo de su agarre y comenzó a mover los dedos, buscando que la sangre volviera a circular con normalidad.

—Mira que eres una exagerada —la recriminó—. ¿No querías que te explicara las cosas?

—Sí. Claro. Pero algo que no haya oído todos los días —le soltó.

Rosa la miró, sopesando sus palabras, y, tras unos segundos en los que el silencio inundó la estancia, empezó a hablar:

—Yo creía que eras una chica lista, por eso de ir a la universidad y que te hayan concedido una beca...

—*Nonna*, no vuelvas con ese tema —se quejó. Siempre que algo no le cuadraba a la mujer, le recordaba sus estudios. Lo hacía de

forma recriminatoria, pero las dos sabían que estaba muy orgullosa de sus logros.

—Pero, si necesitas que te explique las cosas como si fueras una niña pequeña... —continuó ignorándola—. Aunque, ahora que lo pienso, hasta los niños son más listos...

—¡*Nonna!* —la llamó indignada, para añadir con rapidez, bajando el tono de voz—: Por favor...

Rosa suspiró, escondiendo una sonrisa complacida.

—El amor, *farfalla* —repitió—. El amor os rodea, os envuelve como un halo místico que no se romperá jamás. Ni siquiera la espada de San Miguel podría fracturarlo.

Anna se rio.

—*Nonna*, con esa espada el ángel acabó con Lucifer.

Le golpeó la punta de la nariz.

—Por eso mismo, niña tonta. —La joven puso cara de indignación, y ella sonrió divertida—. Lo que tenéis es algo mágico, casi milagroso...

—¿Amor? Pero, *nonna*, si hay multitud de parejas por ahí que se quieren —movió la mano en el aire—, ¿cómo puede ser eso algo excepcional?

Rosa atrapó su barbilla y acercó su rostro.

—Porque no todo el mundo tiene el amor verdadero. Ese amor que puede solventar cualquier problema, el que hace que una pareja sienta que puede alcanzar el cielo y evitar hundirse en el infierno. Un amor en el que los dos sois uno, pero con el respeto que supone la individualidad de cada uno. —Anna arrugó confusa las cejas ante ese trabalenguas y la mujer se rio por su gesto—. Mira que ser universitaria y no entenderme...

—*Nonna*... —Le golpeó levemente la mano.

Rosa se rio de nuevo y, mientras negaba con la cabeza, se levantó de la silla.

—Vuestro amor está escrito en el mapa estelar, *farfalla*. Un amor que, si viviéramos en otra época, llenaría las crónicas antiguas. Se cantaría vuestra historia por voz de los trovadores, y

nuestros antepasados sabrían cómo matasteis al dragón para ser felices. Siendo, los dos, muy conscientes de cada una de vuestras necesidades, sin que la sombra de cada uno oculte al otro, pero yendo de la mano por este camino tan complicado que es la vida.

Anna se la quedó mirando en silencio, asombrada por su discurso, lo que supuso que tardara en reaccionar. Pero, cuando lo logró, una sonrisa divertida se asomó en su cara. Se acercó a la mujer, que volvía a manipular la verdura, y la abrazó por detrás, apoyando la barbilla sobre uno de sus hombros.

—¿Sabes, *nonna*?

—Umm...

—Todavía me maravilla cómo puedes creer en Dios, los ángeles, las estrellas y en dragones... Todo al mismo tiempo. Don Tommasso no debe aburrirse contigo en vuestras charlas.

Rosa la miró de medio lado.

—El párroco sabe que la vida te enseña a creer en eso y en mucho más, *farfalla*. —Le palmeó con cariño la mejilla—. Ahora, déjame, que debo terminar con esto. —Señaló las acelgas.

Anna le dio un beso justo cuando la voz de su amiga Franny se colaba por las ventanas de la casa. Iba cantando cumpleaños feliz, pero no sabría aclarar bien el tono que usaba.

—¿Esa es Francesca? —preguntó Rosa extrañada.

—O un gato atropellado —dijo, y se rio mientras se dirigía a la entrada principal para abrir la puerta.





A photograph of a lavender field at sunset. The rows of purple flowers stretch into the distance, leading towards a small white building with a tall, thin cypress tree on the roof. The sky is a mix of orange, yellow, and light blue, with the sun low on the horizon. The overall mood is peaceful and nostalgic.

## Capítulo 2

Las risas y las conversaciones se escuchaban en mitad de la noche, mientras la música buscaba que las pocas parejas que se habían atrevido a lanzarse a la pista de baile danzaran al son de su ritmo. Poco importaba que ninguno fuera un experto o que más de uno estuviera atento a la charla insustancial que compartía con su acompañante. Lo reseñable era que todos habían acudido para celebrar el cumpleaños de Anna y habían terminado, tras una copiosa cena, divirtiéndose sin apenas prestar atención al humor de su anfitriona.

Con una sonrisa impostada, Anna había recibido a los invitados. Tomó sus presentes y, tras simular una felicidad engañosa, sopló las dieciocho velas que descansaban sobre un pastel casero que le había hecho su *nonna*.

No tardó en huir de la vieja casa, en cuanto pensó que su presencia no se echaría en falta.

Amparada por la noche estrellada sin luna y abrigada con un simple pañuelo que había tomado prestado a su querida Franny, caminó esquivando las pocas piedras del sendero que llevaba hasta el viejo árbol, que había enfrente de la casa. Un alma solitaria que brindaba escasa sombra de día, pero la suficiente para que los trabajadores pudieran resguardarse del infernal sol al mediodía.

Una silueta oscura que de noche ofrecía más miedo que cobijo, sobre todo, cuando Anna era apenas una niña que no sabía ni atarse los cordones de los zapatos, y que, cuando fue cumpliendo años, terminó convirtiéndose en su fiel aliado.

Nunca un ser vivo sin raciocinio había sido testigo de las preocupaciones y tristezas de un ser humano, como lo fue ese árbol milenario para Anna.

Compinche de aventuras y desventuras, y de los primeros avances de una relación de amistad que terminó siendo mucho más de lo que sus propios protagonistas esperaban.

Fue el primero que presenció las tímidas caricias que se regalaron Anna y Carlo. El primero que vio cómo el miedo, ante una posible negativa, se convirtió en una felicidad infinita; y el primero y único testigo de cuando los besos y caricias fueron más atrevidas, hasta que la pareja decidió dar el gran paso.

Testigo de las citas románticas y discusiones sonoras que acababan con reconciliaciones que algunos ojos no querrían ni presenciar.

Un árbol... Una vida...

Dos vidas ya escritas.

El silencio envolvió a Anna según se acercaba al árbol y se alejaba de su fiesta. Los sonidos de la naturaleza la arrullaban, como si conocieran de antemano lo que ni ella misma sabía, y, mientras apoyaba la mano sobre la corteza del tronco y posaba su frente sobre esa aspereza, notó que los sentimientos la desbordaban.

Cerró los ojos y unas pocas lágrimas se le escaparon de los párpados.

Debía estar feliz. Era su cumpleaños. Dieciocho años... Una fecha destacable para alguien en su vida, pero, desde esa mañana, un mal presentimiento invadía su corazón, y se había acrecentado a lo largo del día.

Sobre todo, cuando Carlo no apareció.

La espera por verlo, por saber qué era lo que le había impedido realizar su llamada matutina o descubrir eso que lo había llevado a la ciudad, la había tenido distraída. Alejada de todos los preparativos y de las risas que las bromas de su amiga o su *nonna* le realizaban, buscando alejarla de sus preocupaciones.

Una ardua tarea que apenas había conseguido su cometido.

Anna había esperado que Carlo se presentara junto al resto de invitados, que la sorprendiera con un beso y un regalo, como excusa por su ausencia, pero no había aparecido.

Y sus padres... tampoco sabían nada de él. Incluso desconocían la razón que lo había llevado a ausentarse.

Anna, lejos de preocuparlos, restó importancia a que no se encontrara en la fiesta, e incluso se inventó una disculpa con un supuesto falso aviso, en el que Carlo la había llamado para informarla de su retraso.

Todo para que ellos no se inquietaran, aunque ella misma desconociera dónde estaba o qué realizaba.

Mintió por él, aunque no sabía lo que hacía.

Mintió por Carlo, aunque desconocía dónde se encontraba.

Se preocupó..., aunque podía ser todo mentira.

—¡Mentira! —repitió en voz alta, al mismo tiempo que golpeaba el tronco con el puño y se le escapaba un sollozo que detuvo de improviso.

Se limpió de malos modos la cara, estiró la espalda lo máximo que pudo y fijó sus ojos celestes en el mapa estelar. El verano había comenzado hacía poco, y ella había esperado con su regreso algo muy distinto. Algo totalmente diferente...

Pasar tiempo con su *nonna*, ayudar en la casa, en el campo, pero, sobre todo, estar con Carlo.

—Pero no podía haber empezado de peor forma —comentó, y se abrazó a sí misma cuando sintió un escalofrío.

Se apoyó en el árbol y decidió sentarse entre sus raíces, buscando el cobijo que siempre le había ofrecido. No apartó la mirada de las luces del cielo, pero sí se distanció de lo que sucedía en la casa.

Algo no muy difícil cuando apenas se escuchaba nada, salvo cuando se levantaba el escaso viento que había por la zona y transportaba la música y las risas de los allí reunidos.

Ella debería estar allí... En la casa... En la celebración de su cumpleaños...

Suspiró con fuerza y dejó que los grillos, junto a los aullidos del perro del vecino, se apoderaran de sus preocupaciones. Acabó cerrando los ojos y la tranquilidad de la noche terminó por relajarla.

Tanto que incluso podría haber jurado que se quedó dormida, hasta que sintió unos cálidos labios en el cuello.

El susto que se dio fue similar al salto que realizó cuando la despertó Carlo, quien, lejos de mostrar arrepentimiento, se reía por sus actos.

Anna lo miró, parpadeando repetidas veces, por si la engañaban sus ojos o seguía inmersa en un sueño, y cuando se dio cuenta de que Carlo estaba allí y, sobre todo, de que se reía de ella, su enfado regresó multiplicado por mil.

Se incorporó con cuidado, por miedo a enganchar su falda con algunas de las raíces del árbol, y, cuando Carlo le ofreció su ayuda, se apartó con rapidez.

La diversión del joven se esfumó de golpe.

—Anna, ¿estás bien? —le preguntó—. Perdona si te he asustado, pero estabas ahí... —Señaló el lugar que había ocupado segundos antes—. Se te veía tan...

—Sí, estoy bien —lo cortó, y se cruzó de brazos.

Su postura y el tono usado contradecían sus palabras.

Carlo arrugó el ceño y trató de acercarse a ella, pero Anna retrocedió de inmediato, lo que detuvo sus pasos. Escondió las manos en los bolsillos de sus vaqueros oscuros y buscó su mirada azul.

—¿Estás enfadada?

—No.

No pudo evitar sonreír al escuchar su respuesta, lo que provocó que los labios femeninos se arrugaran todavía más.

—¿Seguro? —preguntó, dando un par de pasos hacia delante.

Anna los dio hacia atrás.

—Seguro. No eres tan importante para que tu ausencia me afecte.

—Ahh... —Se apoyó en el tronco del árbol y la miró con suficiencia—. ¿Con que eso es lo que te pasa?

La joven posó sus manos en las caderas y elevó indignada el mentón.

—No sé de qué hablas.

—Venga, Anna... —Se cruzó de brazos y amplió la sonrisa—. Nos conocemos muy bien.

Ella lo miró de arriba abajo, siendo muy consciente de lo atractivo que estaba con esos vaqueros y la camiseta negra que se ajustaba a su cuerpo. Carlo no necesitaba ir al gimnasio para que sus músculos resaltaran. Su trabajo diario, en la hacienda de sus padres, lo mantenía en forma, convirtiéndolo, a sus casi diecinueve años, en el mejor partido del pueblo.

No pudo evitar fijarse en la ridícula perilla pelirroja que se había obcecado en dejarse crecer, porque insistía en que le daba carisma, y ascendió hasta sus verdes iris. Hasta ese bosque sin fin que cambiaba de tonalidad cuando el carácter de su dueño variaba.

A ella siempre le había gustado..., fascinado, cuando aparecía el verde oscuro, porque era cuando una pequeñísima estrella aparecía de la nada junto a la negra pupila.

Y Anna sabía cuándo aparecía.

Ambos lo sabían.

Se conocían muy bien, sus mayores secretos y sueños, y ninguno ignoraba que, cuando ese verde aparecía en sus ojos, un verde tan oscuro como los prados perdidos de la Toscana en pleno invierno, era cuando Carlo la deseaba.

—Estaba preocupada —dijo, y esperó su reacción.

El joven la miró con detenimiento unos segundos, dejando que el silencio hablara por ellos, y acortó la distancia que los separaba con prisa.

Anna hizo amago de alejarse, pero, al final, su orgullo se lo impidió. Arrugó el ceño, pero no apartó sus ojos de los verdes.

—Estás mintiendo... otra vez —le indicó Carlo cuando estuvo a su altura.

Sus miradas estaban más cerca.

Sus respiraciones enredadas.

Y sus aromas... —ella olía a lavanda y él, a hierba recién cortada—, los envolvía.

—Vale. Está bien. —Elevó las manos al aire y las dejó caer a continuación—. Estoy enfadada. ¿Ya estás contento?! —le escupió y trató de alejarse, pero Carlo la agarró de la muñeca, reteniéndola.

—Perdona —se disculpó con rapidez.

—No sé por qué te...

—Por ser un zopenco y no haberte felicitado nada más llegar.

La chica suspiró, rendida.

—Carlo, no estoy enfadada por eso... —indicó, y enfrentó su mirada—. Aunque tengo que reconocer que, si hubieras empezado por ese tema, en vez de reírte por haberme asustado...

—Es que tendrías que haber visto el salto que has dado... Ay... ¿Por qué me pegas? —le preguntó mientras se masajeaba el costado.

Anna hizo lo mismo con su mano derecha. Abriendo y cerrando el puño por el golpe que le acababa de propinar.

—Porque eres un bocazas. —Se alejó de él—. Porque deberías haberme llamado, haber aparecido cuando te buscaba, porque era mi cumpleaños... Es mi cumpleaños —se corrigió, elevando el dedo índice, con el que le apuntó—, y no estabas.

Carlo la observó desde la distancia.

—Tienes razón y, por eso, te pido disculpas —indicó, y fue a buscarla, pero Anna se alejó de nuevo de él, lo que provocó que este gruñera de impotencia. Se pasó la mano por su corto cabello y dejó caer el brazo sin fuerzas—. Anna, por favor...

Ella negó con la cabeza.

—No. Necesito tiempo. Estoy muy enfadada contigo... —Sus palabras se quedaron ahogadas en la garganta.

En dos zancadas, que no vio venir, Carlo acortó el espacio que los separaba. Atrapó su cara con ambas manos y posó su boca en los labios femeninos, arrancándole el beso que ansiaba darle desde que la había visto.

Mentira.

El beso que llevaba deseando darle desde su último encuentro. Hacía ya más de quince días.

—Perdona, perdona... —le susurró muy cerca de ella, cuando cesó la caricia y sus respiraciones parecían una sola—. No te enfades, *farfalla*. Ya sabes que no soporto cuando nos enfadamos.

La llamaba como su *nonna*. Con ese calificativo cariñoso que ambos compartían, como un secreto profundo que no querían desvelar a nadie, y que Carlo comenzó a utilizar cuando se quedó obnubilado la primera vez que vio su blanca piel recubierta de numerosas pecas. Cuando supo que su cariño iba más allá de una simple amistad y reconoció, como si acabara de recibir un buen puñetazo en su estómago, que estaba enamorado de su mejor amiga, su compañera, la chica que le había robado el corazón.

Anna apoyó la frente en la de él y suspiró rendida.

—A mí tampoco me gusta que estemos enfadados —coincidió—, pero llevo todo el día intranquila.

—¿Por qué? —Le levantó el rostro y buscó su mirada azul—. ¿Qué te pasa, mi amor? —Le apartó unos mechones castaños de la cara y golpeó con cariño la punta de su nariz—. Dime qué sucede —le rogó.

La joven lo observó y, tras un nuevo suspiro, se separó de él, dándole la espalda.

—Te esperaba...

—Y aquí estoy —le indicó, abrazándola por detrás. Apoyó la barbilla en su hombro y ella se inclinó, buscándolo.

—Pero tarde —le recordó.

Carlo se demoró en responder, pero, cuando lo hizo, la sorprendió.

—He ido a por tu regalo. Bueno..., más bien diría que a por nuestro regalo.